

A watercolor illustration on the left side of the page depicts several vertical tree trunks in shades of red, orange, and grey. The top of the trees is filled with black and red dots, representing foliage. A few dark, teardrop-shaped leaves are shown falling from the trees towards the bottom right of the page.

Cuentos de Cuarentena

CONCURSO AMANUTA 2020

*a***M**^{editorial}*anuta*



Índice

PRÓLOGO DE OLAYA SANFUENTES.....	3
---	----------

GANADORES	4
------------------------	----------

Categoría menores de 12 años

Mi historia de cuarentena	6
---------------------------------	---

Francisca Yasmín Peucón

Categoría entre 13 y 18 años

Añorar, ansiedad y volver a fantasear.....	8
--	---

Karol González

Categoría mayores de 18 años

Crear nueva reunión	10
---------------------------	----

Beatriz Clavert

SELECCIONADOS	12
----------------------------	-----------

Categoría menores de 12 años

Mi vida en cuarentena.....	14
----------------------------	----

Julián Raizman

Decisión.....	15
---------------	----

Maite Vergara

Aventuras de Alonso y Sofía en cuarentena.....	16
--	----

Samuel Barrientos

Yo tuve un sueño increíble.....	16
---------------------------------	----

Juan Diego Elgueta

Mi día a día en cuarentena	17
----------------------------------	----

Catalina Ignacia Garcés

El viaje imaginario de Luciana y Tomás.....	18
---	----

Isabella Gaune

Una aventura fascinante	20
-------------------------------	----

Inés Burmeister

Cuento de cuarentena.....	21
---------------------------	----

Bastián Patricio Díaz



Categoría entre 13 y 18 años

No vida pero vida	24
<i>Amanda Fuentes</i>	
Día 31	26
<i>Eduardo Vio</i>	
No era hoy.....	27
<i>Giovelli Ávila</i>	
Vida durante la cuarentena.....	28
<i>Juan Pablo Undurraga</i>	

Categoría mayores de 18 años

Al revés otra vez	30
<i>María Antonieta Cortéz</i>	
Ambarina	31
<i>Luz Santa María</i>	
Atardecer en cuarentena	32
<i>Carla Davico</i>	
Mirando una fotografía de mi abuela	33
<i>Alejandro González</i>	
La madre	34
<i>Ricardo Díaz</i>	
Incierta espera.....	35
<i>Soledad Rosales</i>	
Los pajaritos de la vereda.....	36
<i>Noemí Elena Mayor</i>	
Tacones	37
<i>Sonia Arias de La Cruz</i>	
Vida.....	38
<i>Martín Castro</i>	

Cuentos de cuarentena es una publicación digital con los cuentos ganadores y los seleccionados en el concurso realizado por Editorial Amanuta durante el 15 de mayo al 15 de Junio de 2020, cuando recién empezaba la cuarentena por el COVID-19 en la mayor parte de Chile. Durante este período recibimos más de 160 cuentos escritos por niños, adolescentes y adultos, que escribieron sobre sus experiencias y expresaron lo que estaban viviendo o sintiendo en estos tiempos. Los relatos de los autores de todas las edades nos introducen en sus vidas y, cada uno en su estilo, comparten sus visiones y vivencias, sus sueños y anhelos. Queremos agradecer la participación de cada uno de los autores que nos enviaron sus cuentos. Y también agradecer al jurado que estuvo compuesto por el equipo de Amanuta, Olaya Sanfuentes, profesora titular de historia de la Universidad Católica y María Olivia Recart, rectora de la Universidad Santo Tomás.



Prólogo

Qué importantes son la Historia y las historias. La primera es un ejercicio racional desde el presente para comprender el pasado con el objetivo de mirar hacia el futuro. Solemos hablar de historia con minúscula, en cambio, cuando nos referimos a relatos de ficción.

Lo que van a encontrar en las siguientes páginas no es ni la una ni la otra sino las dos: Historia e historias. Tras un llamado de Editorial Amanuta para relatar lo que la gente está sintiendo, pensando, experimentando, soñando y recordando en cuarentena por el COVID-19, llegaron relatos que son muy difíciles de clasificar. Unos dejan registro de las diversas emociones que están sintiendo en la soledad o en el confinamiento, otros de la ansiedad de verse incapacitados de pensar en el futuro; algunos reparan en la necesidad de cuidarse y despliegan un nuevo vocabulario que ha surgido en esta pandemia; otros reflexionan sobre temas muy profundos como la normalidad, lo bello, el silencio y la vida.

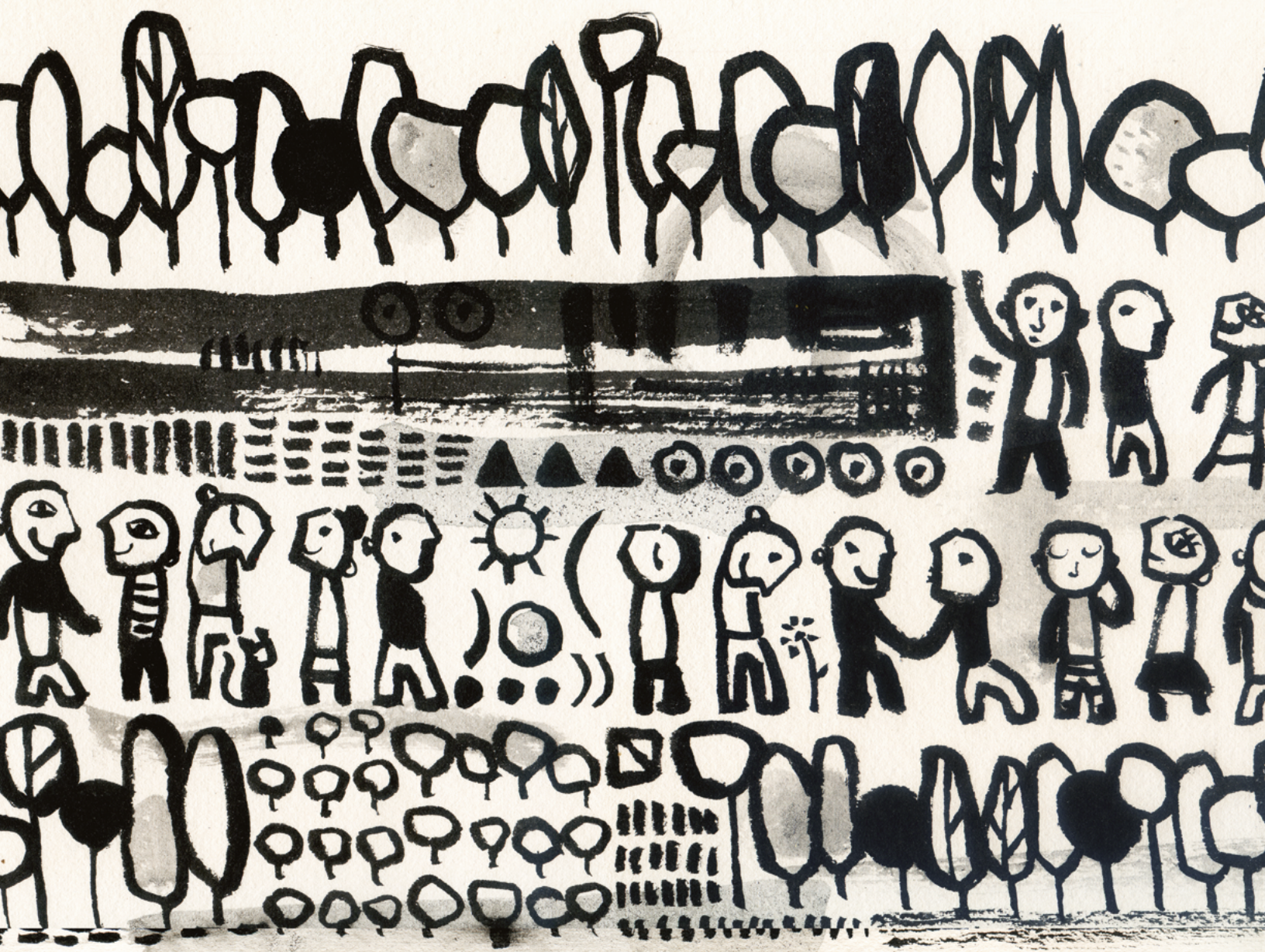
Todos hicieron el ejercicio de registrar lo que reflexionaban y sentían frente a la catástrofe que estamos viviendo. Lo hicieron como artistas y como historiadores. Con mucha creatividad, utilizaron metáforas, imágenes y otras estrategias de la imaginación para transformar la realidad y convertirla en algo más fácil de sobrellevar. Es por eso que algunas de estas historias nos conmueven o nos hacen gracia a través de su humor y genialidad.

Estos escritos también hablan de la importancia de la Historia para poder entender y sobre llevar el presente. Algunos recurren a los recuerdos para reconfortarse, otros al futuro para proyectarse. El tiempo —que pareciera que se hubiera detenido— atraviesa las diversas miradas frente a la pandemia y está ahí latente en cada relato.

Por estas sencillas e importantes razones, este es un libro para disfrutar ahora y cuidar como un tesoro para mañana. Aquí hay registro de un hito histórico que no debemos olvidar, las memorias de autores de todas las edades, bosquejos de diversas realidades de nuestro país, las voces de ciudadanos preocupados por el futuro. Historia e historias.

Agradezco a Editorial Amanuta el haberme dado la posibilidad de participar como jurado de este concurso. Disfruto con la Historia y las historias.

Olaya Sanfuentes





GANADORES

CATEGORÍA MENORES DE 12 AÑOS

Francisca Yasmín Peucón, 10 años

Mi historia de cuarentena

Querido diario:

Hoy quise escribirte para dejar un registro.

Me llamo Francisca, tengo 10 años y estoy en 5° básico. Soy una niña extrovertida, paciente y me gusta estudiar.

Pero...

...hasta la segunda semana de marzo de 2020 creía que mi vida era todo normal.

Hasta que...

...sucedió algo inesperado: una pandemia global que cambió mi vida y que trajo consecuencias para todo el país.

Ahí empezó mi historia de cuarentena. Lo típico que empecé a escuchar cada día fue la frase "Quédate en casa. No son vacaciones". ¡Uy! Para mí fue sorprendente porque ya no podía ir al colegio, no me podían llevar de compras, no podía viajar donde mis abuelitos y, en las noticias, todos los días "quédate en casa, no son vacaciones". Entonces, como familia empezamos a adaptarnos y hacer cosas nuevas para que el día pasara pronto. Pero no era todo tan malo. Empezamos a compartir más como familia. ¡Por primera vez mi papá, que trabajaba como temporero, estaba mucho más tiempo con nosotros en casa! Eso me pone muy feliz porque mi grupo familiar está completito. Por otro lado, me gusta mucho que mis profesores se mantienen al pendiente de mí. Me envían tareas y eso me entretiene mucho y me gusta hablar con mi profesora jefe porque me hace sentir cerca de mi colegio.

Algo que me da mucha emoción es cuando le avisan a mi mamá que pasará el furgón a repartir canastas y tareas. Me da una sensación de curiosidad. Es como si fuera a pasar el viejito pascuero. Pero ese día no era el viejito pascuero, era el conejito de pascua que trajo ricos chocolates y cartas muy emotivas de los profesores que, cuando las leí, no sabía si reír o llorar, porque no sabía cuándo terminaría todo esto para volver a reencontrarnos.



Extraño a mi curso, ya que este año era muy especial para nosotros: pasamos a segundo ciclo y nos tocaba vivir nuevas experiencias como alumnos, nuevos profesores que apenas acabábamos de conocer pero que, a pesar de todo, se preocupan por cada uno de nosotros.

En lo familiar, mamá y papá tratan de apoyarme al máximo y yo se los agradezco. Tratan siempre de que yo y mis hermanos estemos bien. Salen lo menos posible de casa.

Mamá nos puso mucho jabón en cada espacio donde había una llave. Cada vez que salía a jugar con mis hermanos, al entrar a casa: lavarse las manos. Para tomar los libros: lavarse las manos. Para comer, de nuevo: lavarse las manos. ¡Uy, mi mamá! Al principio no fue fácil, pero pronto fue costumbre. Cuando sale mamá de casa, usa responsablemente sus implementos y, cuando regresa, no nos podemos acercar a ella hasta que se quita todos los implementos de seguridad y se cambia de ropa...

...ahí recién un abrazo. Cuando nos da las buenas noches, nos dice: "Dame tu codito". Pero yo igual le doy un abrazo y un beso, porque a pesar de todo, tengo una gran fortaleza: soy de sector rural, vivo a orillas de un río y, en el día a día, no estoy tan expuesta al problema. De todas formas, puedo tener libertad.

Mi pasatiempo es estudiar, jugar y salir de pesca con mis padres y mis hermanos. Papá y mamá me hacen ver que a pesar de haber sido esto un gran cambio debo estar siempre agradecida de Dios por todo lo que tengo, porque hay familias que son de sector urbano y que lo están pasando muy mal, los niños están encerrados, y hay escasez de alimentos.

Nosotros tratamos de compartir lo que tenemos y como familia nos ayudamos entre todos.

Mi gran deseo es que todo termine pronto y que todos los niños sigamos siendo niños y juguemos libremente.



Karol González, 14 años

Añorar, ansiedad, y volver a fantasear

Era un nuevo día en donde me temblaban hasta los pensamientos.

La palabra cuarentena y pandemia estaba en todos lados, aún más que en las semanas anteriores. ¡Hasta en la sopa aparecía ya! No pienses en la cuarentena, decían, pero cuídate de la pandemia, decían también.

Al menos para ese entonces no parecía ser tan malo para otros; los departamentos vecinos se unían en coro para cantar canciones alegres. Parecían más libres en tiempos de encierro, solo para dejarnos el mensaje de que no importa qué estás viviendo, todo depende de cómo lo veas.

Me asomaba por el balcón a veces y no veía más que calles vacías, uno que otro transeúnte con mascarilla, con una historia propia encima.

En aquel momento solo deseaba saber aquellas historias, pues hubiese soñado con ellas y así todos los días dejarían de parecer iguales; sin nada qué hacer y a la vez hacer siempre lo mismo. Parecía ser que ahora no me quedaba más que añorar salir a las calles para decir que por mí no saldría jamás.

Decían también que una mente ocupada no extrañaba a nadie y una desocupada extrañaba a todos.

Y lo hacía de verdad. Los extrañaba a todos.

Aunque nunca me agradó hacerlo, lo primero que haría al acabar todo esto sería abrazar.

Nada como encontrar en ti mismo la paz, me dije al día siguiente. Pero la perdí cuando abrí el balcón y no hubo ni brisa, ni ruidos. Solo silencio.

¿En dónde estaba lo hermoso?, ¿A dónde se había ido?

Sentada esperé un cambio de ambiente que jamás llegó.

Las opciones de hallar una distracción factible se agotaban y ya el hacer lo mismo, era difícil. Era como intentar resolver el problema de matemática una y otra vez.

Mamá, por su parte, parecía no extrañar nada. Todos los días se sentaba frente a su computador a retomar su trabajo. En algún punto del día, guiándose del horario establecido a mi segundo hermano, se sentaba con él para ayudarlo en sus actividades. Y mientras realizaba todo lo anterior se ocupaba de mi tercer hermano, el más pequeño. Supongo que aquel estrés que reflejaba era suficiente para no añorar su exterior.

Aún así salir no parecía satisfactorio en tiempos de pandemia. Usar tapabocas era horrible e incómodo. Sentías el aire caliente pegándote en la cara y te picaba por el material. Pero esperen, que los guantes eran peor. El látex era ajustado y rechinaba. Ajustarlo era admitir que mis manos sudaban mucho.

Pero usar ese par era mejor que nada. Era una protección, que a pesar de tanta insistencia, no te protegía de todo el conflicto.

Era mejor que andar en manos de Dios, aunque no creyera en él.

Una tarde me encontré con la cantidad de muertos actuales en el país mientras vagaba por Instagram. Pensé en el número y me fijé en el hecho de estar tan mal, que no había otra cosa para hacer más que concentrarse en no ser el siguiente.

En las calles estaba de nuevo ese silencio. Mi música era la única que se hacía oír, o eso quería creer.

Todo estaba apagado y lleno de ansiedad. Alguien pasó corriendo frente al departamento el otro día; lo vi desde el balcón. No tenía protección puesta y me molesté muchísimo. No sé por qué. Quizá el hecho de su exposición a cualquier cosa afuera, quizá el creer que puede vencer lo invencible. Salir ilesos no significa haber dicho la última palabra, ¿o sí?

Pero ahora, unos meses después, por alguna razón he vuelto a escribir. He vuelto a fantasear con la idea de que el mundo vuelva a ser algo que ya no es.

Y aquí estamos, esperando a ver qué cambia, como si fuera una pesadilla de la cual anhelamos despertar.

Ojalá pudiera abrazar sin miedo y salir aunque no me guste hacerlo. Ojalá nadie más muera.

Eso me llenaría el alma otra vez.

¿Les llenaría a los demás?



Beatriz Calvert

Crear nueva reunión

“Perfecto, entonces la próxima reunión es el lunes a las 16:00. Chao, que estés bien, ¡nos vemos!” dijo Julio. Era su tercer encuentro virtual del día, y le quedaban otras dos conferencias más para acabar.

“Trending Topic: Hoy, décimo aniversario desde que la atmósfera dejó de ser respirable”, lo notificaba su celular.

Esos últimos diez años, su vida no era más que pasar de reunión virtual a reunión virtual, coordinando proyectos sin siquiera salir de su casa. Al principio era de todo lo que se hablaba, y los “expertos” (*difícilmente los llamaría así*, pensó Julio, *esto es un fenómeno inédito*) especulaban cómo se arreglaría la situación.

Por fin sonó el timbre. Julio ya estaba preocupado de que su provisión estaba tardando mucho en llegar. Tomó su máscara de protección y revisó el indicador: 1 hora restante de oxígeno. Todavía le quedaba tiempo sin tener que pedir un reemplazo. Colocada la máscara y asegurándose dos veces que estuviera herméticamente cerrada, abrió la puerta y encontró un tanque de oxígeno y una caja. Como siempre, no vio al repartidor. En sus diez años de aislamiento nunca lo había visto, ni sabía su apariencia, pero sin falta lo proveían con lo necesario para subsistir.

Cerró la puerta y esperó los cinco minutos reglamentarios para que el sistema de ventilación elimine todo gas letal exterior que hubiera alcanzado a entrar en los segundos que la puerta estuvo abierta.

Pasado el peligro, se quitó su máscara y fue a reemplazar el tanque viejo. El repartidor había llegado justo a tiempo, quedaban minutos de oxígeno antes de tener que conectar uno nuevo. Julio tenía el mismo sistema de ventilación que todos los demás ciudadanos (*o eso dice la tele; nunca he entrado a una casa desde que empezó la crisis atmosférica*). Era una máquina conectada a tubos que distribuían el oxígeno por la casa. Tenía una base donde se dejaba el tanque de oxígeno y se conectaba a una manguera, como quien instala un balón de gas.

Listo, y con 10 minutos de sobra antes de la próxima reunión, suficiente para preparar un café. Mientras calentaba el agua encendió la televisión para escuchar qué pasaba con el mundo exterior. Un periodista repetía lo mismo que venía escuchando hace años: los científicos del mundo trabajaban incansablemente buscando una solución a la crisis atmosférica. Después siempre venía otro reportaje que trataba sobre las medidas de precaución que había que tomar en casa para evitar contaminar el aire interior. *Todos los días lo mismo con palabras distintas.* Una que otra vez salía una noticia de política o de entretenimiento y arte, pero la verdad era que el mundo estaba casi paralizado.

Preparado el café, retomó su posición de trabajo y se metió a su reunión virtual. Faltaban unos minutos, por lo que solo estaba él y un colega.

“¿Y qué tal la familia? ¿Cómo sigue tu señora?” le preguntó Julio a su amigo, cuya esposa estaba sobrellevando un cáncer que milagrosamente en esos diez años no había empeorado... pero curiosamente tampoco se mejoraba nunca.

“Ahí está peleando todavía... un poco mejor. Gracias por preguntar” dijo su compañero.

“Diez años... ¿todavía ninguna recesión? ¿Nada que indique que está mejorando?” dijo Julio.

“Es un cáncer que progresa muy lento me dijeron los doctores. Una ocurrencia rara, pero es cada vez más común” dijo su compañero.

“Bueno, habrá que seguir resistiendo...” dijo Julio, y después de un breve silencio agregó “Me cuentas cómo sigue tu señora. Ya deberían estar por llegar.”

“Ahí está peleando todavía... un poco mejor. Gracias por preguntar” dijo su compañero de nuevo interrumpiéndolo.

Julio se desconcertó. La respuesta había sido idéntica tanto en palabra como tono.

“¿Todo bien? ¿Por qué te has callado de repente?” dijo su compañero.

Entonces Julio recordó un libro de ciencia ficción sobre inteligencia artificial que había leído cuando niño, y se le vino a la mente una espeluznante idea.

“Oye... ¿y tú señora todavía no mejora después de tanto tiempo?” preguntó Julio.

“Es un cáncer que progresa muy lento me dijeron los doctores. Es una ocurrencia rara, pero es cada vez más común” repitió su compañero exactamente como la primera vez.

Durante el transcurso de la reunión, Julio hizo el mismo experimento con sus otros compañeros.

“¿Cómo van las ventas de este trimestre?” preguntaba.

Y alguien respondía “Hemos aumentado las ventas un 16,3% este trimestre; esperamos seguir subiendo el próximo”.

Julio luego preguntaba lo mismo, pero con otras palabras: “Me gustaría saber sobre nuestras ventas este trimestre”, y recibía exactamente la misma respuesta del mismo sujeto.

Repitió el experimento varias veces, siempre con el mismo resultado. No podía seguir negando la evidente conclusión. No eran sus compañeros.

Estaba pensando qué hacer ante este aterrador descubrimiento cuando se apagó su computador. Intentó encenderlo, pero por más que lo desconectaba y reconectaba, no pasaba nada. Buscó su celular para encontrar una solución en internet, solo para darse cuenta que también estaba apagado y no reaccionaba ante ningún botón presionado. Luego intentó encender la televisión... nada.

Así pasó los minutos, completamente desconectado. Los minutos se convirtieron en horas. Las horas se convirtieron en días.

Llegó un punto en que no sabía siquiera qué día era. La soledad era abrumadora. Cuando no podía más decidió simplemente salir de su casa a respirar el tóxico aire y acabar con su vida. Al menos podría ver el mundo exterior una última vez.

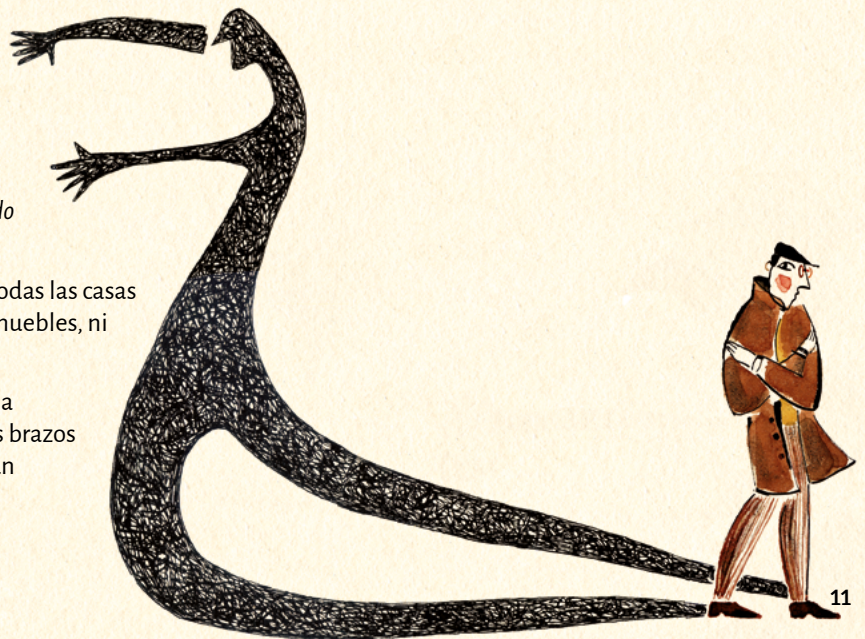
Rápidamente, para ni siquiera permitirse a sí mismo arrepentirse, abrió la puerta y salió. Tomó una profunda bocanada de aire.

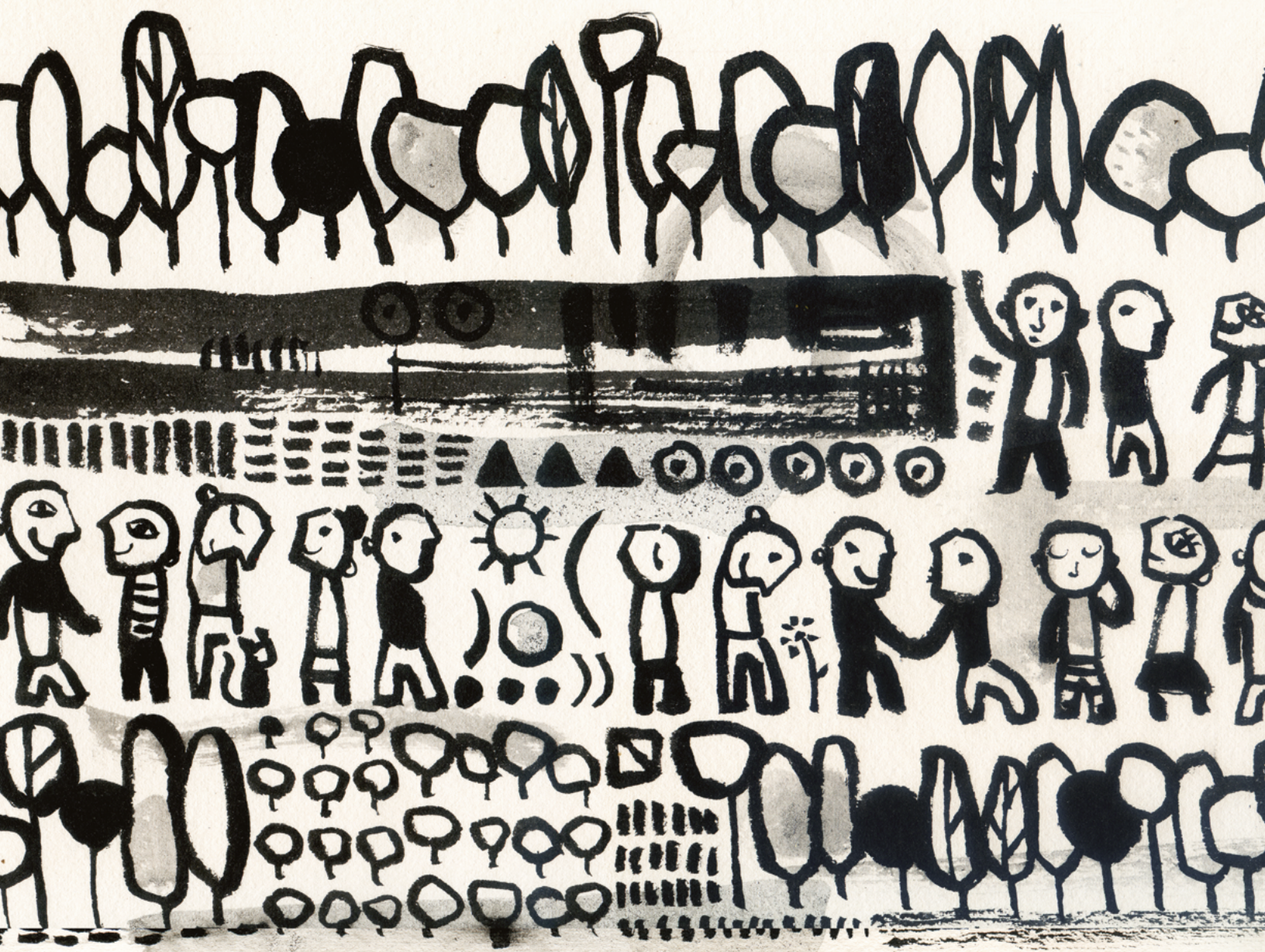
Y no pasaba nada. *Quizá solo debo esperar.*

Calculaba que ya había pasado una hora. Nada. *Las noticias decían que el efecto era instantáneo, y, sin embargo, aquí estoy respirando aire inofensivo.*

Cuando observó mejor su entorno lo notó: todas las casas estaban completamente vacías. No tenían muebles, ni personas, ni animales.

Un extraño ser humanoide que lo miraba a la distancia con ojos amarillos y alargados. Sus brazos largos y grises sostenían lo que parecía ser un tanque de oxígeno y una caja de víveres.







SELECCIONADOS

Julián Raizman, 10 años

Mi vida en cuarentena

Mi vida no ha cambiado, aunque en casa todos se quejan por no poder salir, yo estoy feliz porque no estoy solito y me regalonean un montón.

Me dijeron que ahora los niños se quedarán en casa y yo tendré que ir a la escuela ¡odio levantarme temprano! ¡y no me puedo dormir en el colegio!

Parece que estamos en el mundo al revés. Los humanos usan bozal y no salen de sus casas. Lo único igual, es que el perro del frente me sigue molestando y que mi papá Marcelo sigue hablando mucho por teléfono.

He oído que había un puma en la ciudad, tuve un poco de miedo y me escondí debajo de la cama, no salí en cuatro horas, bueno creo, porque me terminé durmiendo ahí.

En mi casa, todos los días son iguales, siempre me dan mi galletita a la mañana y después los niños y yo vamos al colegio falso, ellos estudian y yo duermo. Me parece justo.

Mi mamá se mueve mucho y yo intento seguirla, pero no está de humor, está cansada de hacer las labores. Yo le digo que descansa como yo, que los que trabajamos mucho tenemos que descansar. Son 5 minutos de trabajar y 5 horas de dormir. A mí me ha resultado, pero ella no me entiende, dice que tiene que seguir trabajando, que si no la casa va a ser un desastre.

El mayor de los niños, Julián, se queda hasta la tarde pegado a la computadora, no entiendo él dice que le gusta ver la Tablet, pero ahora está siempre con el computador. Yo no entiendo, se queja de que siempre hay una página más para hacer, pero hoy está celebrando, le queda solo una página y parece que es la más larga, dice que es sobre un cuento y lo va a hacer sobre mí... ¡¡¡Voy a ser famoso!!!!

Imagínense en las portadas de las revistas, un perro bajito, salchicha, admito que un poco viejo, porque tengo algunas canas y muy parecido al primo de una suricata. El titular sería: "Perros que no son perros".

Bueno, esto es solo parte de mi imaginación. Porque en verdad los días siguen igual. A mí me gustaría salir a pasear, me dijeron que tendría que salir con mi enemigo número 1 que es el negro del frente, ¡horror!, ¡¡prefiero tener que barrer toda la casa!!, retiro lo dicho, no lo haré.

No entiendo por qué no sacan ese papel para salir y poder estar con mis amigos Ámbar y Toffe. Ámbar es una perrita chica de medio año, mientras que Toffe es tan viejo como yo, tiene 11 y me conoce bien por todo lo que vivimos juntos.

A pesar de mis esfuerzos al final tuve que ir con el perro negro, por lo menos estaban el Toffe y la Ámbar, pero de repente nos paró un policía que también usaba bozal, ¡muy raro!

Algo discutieron con el vecino, y tuvo que darle algo, pero se puso nervioso y nos soltó.

Yo, ámbar y Toffe corrimos para tratar de volver al pasaje, pero Toffe como siempre, se quedó haciendo caca, entonces el vecino se dio cuenta que nos habíamos escapado, obvio que nos delató el negro, y corrió a buscarnos. Yo y Ámbar corrimos, a Toffe casi lo atrapan, pero terminó perdiéndose. Nosotros teníamos ahora una verdadera misión: buscar a Toffe.

En el camino ya se estaba haciendo de noche, ¡que lío! Teníamos mucha hambre, hasta que alguien nos vio y nos trató como si fuéramos sus perros.

Yo y Ámbar nos preguntábamos lo mismo: ¿por qué nos está tratando como sus perros? Caímos en la cuenta de que él creía que éramos sus perros y no teníamos cómo explicarle. Para escapar, tratamos de despertarnos a las

9, pero eso es muy temprano para mí. Logramos salir de todas maneras, el pobre humano se quedó solo, pero yo quería a mi familia.

Luego caminando vimos la foto de un perro, ¿por qué estaba ahí?, me di cuenta que este era el perro del humano solo y ahora teníamos otra misión además de buscar a Toffe, buscar a esa perra. ¡Que cansancio!

Estábamos en eso, cuando vemos a Toffe conversando con la perra del cartel y corrimos a buscarlos. Cuando los encontramos, le dijimos a la perra que su humano la estaba buscando, cuando la perra oyó eso se fue corriendo sin decirle adiós a Toffe. Toffe me culpó, ¡ey, era el amor de mi vida!

De repente apareció Samanta, la perra más alta y fuerte del pasaje, nos dijo que sabía dónde quedaba el pasaje, estábamos salvados, pensamos. El problema, nos dijo, era que teníamos que caminar mucho. De repente apareció el humano que estaba solo, nos quiso ayudar, como no sabía dónde vivíamos teníamos que ladrar cada vez que veíamos un lugar conocido, hasta que llegamos. ¡Por fin llegamos!, nos despedimos de la perra y del humano.

Cuando llegamos todos se alegraron y culparon al vecino, le ladré al perro negro para sentirme más satisfecho. Volví a casa, a mi rutina feliz, ¡¡¡la galleta y a dormir!!! me dije al llegar.

Me di cuenta de todo lo que amo a mis humanos.

Maite Vergara, 12 años

Decisión

Había una vez dos personas caminando por la calle una mujer y un hombre. Era un día domingo y ellos querían hacer algo ese día porque al otro día trabajaban y no podían juntarse. Entonces el hombre dijo que quería ir al zoo y la mujer a la discoteca, pero no estaban de acuerdo. Al hombre se le ocurrió una idea: —que tal si cada uno va al lugar que quiere, entra y le saca una foto. La mujer dijo: —que buena idea... Unos minutos después que cada uno volvía con su foto, la mujer mostraba la discoteca cerrada y el hombre mostraba el zoo abierto. Al hombre se ocurrió otra idea, y dijo: —¿qué te parece si vamos en la tarde al zoo y en la noche a la discoteca? La mujer dijo: —bueno, pero con una condición que vayamos a almorzar al lugar que ella quisiera. El hombre le pregunto: —¿qué lugar? Y la mujer dijo: —sushi. Y el hombre le dijo: —no, yo quiero comer ensalada. La mujer se enojó porque ella quería ir a comer sushi y el hombre le dijo: —anda a comer sola y la mujer se fue.

CATEGORÍA MENORES DE 12 AÑOS

Samuel Barrientos, 10 años

Aventuras de Alonso y Sofía en Cuarentena

Esta historia ocurre en el pueblo de Arcos de la Frontera ubicado al sur de Chile, como en muchos países hay pueblos extraños, pero este era un pueblo muy particular no solamente porque era un pueblo pequeño sino más bien porque los ancestros de este pueblo se habían preocupado en traspasar conocimientos e historias a sus hijos y nietos, es por eso que Alonso y Sofía eran unos niños muy especiales con conocimiento y con muchos valores inculcados por sus padres y abuelos...

En este pueblo estaban pasando cosas muy extrañas ya que se encontraban en cuarentena por un virus muy malo que atacaba a las personas porque entraba en sus pulmones y los comenzaba a destruir por dentro hasta que perdían la vida... es por eso que las personas de este pueblo tenían que estar escondidos en sus hogares para que este virus no los atacara.

Un día Alonso estaba muy triste porque se le perdió una piedra que era muy importante para él, Sofía lo encontró llorando bajo la escalera y le preguntó qué ocurría a lo que él le respondió que lloraba por la piedra que perdió y Sofía se largó a reír diciendo que solo era una insignificante piedra y Alonso se enfureció porque esa era una piedra muy importante porque se la había regalado su abuela y ahora le dolía mucho perderla porque al estar en cuarentena en su hogar hace meses que no veía a su abuela y esa piedra le hacía sentir que su abuela estaba cerca.

Sofía muy preocupada de ver a su primo triste subió al cuarto que estaba en un segundo piso a buscar la piedra y se escuchó un grito estremecedor por toda la casa entonces Alonso corrió desesperado a su cuarto. ¡Está rota! Exclamo Sofía ¡no puede ser si es una piedra! —dijo Alonso, mientras tanto se escucharon unos ruidos extraños debajo de la cama se agacharon a ver qué pasaba y para sorpresa de ambos al ver asomarse un hermoso patito...

¡No era una piedra era un huevo! —dijeron ambos. Alonso sin darse cuenta que un huevo dormía con él, lo abrazaba y le daba calor como si fuera una mamá pata. Te llamaremos Esperanza —dijo Alonso para recordar que en medio de la adversidad de la vida podemos salir adelante sin importar lo que nos ocurra y los problemas que podamos llegar a tener. Además, serás una compañía para salir adelante en medio de la Pandemia.

Juan Diego Elgueta, 10 años

Yo tuve un sueño increíble

Yo tuve un sueño increíble, el mejor sueño de la historia. Soñé con un mundo al revés; un día me desperté, y mi mamá estaba parada al lado mío diciéndome: Juan, me llamó la directora del colegio avisándome que ya no habrá más clases. Podrás jugar en la casa, estar con nosotros y tus hermanas todo el día.

No podía creer que eso fuera verdad ¡lo que siempre había querido! Y siguieron pasando cosas del mundo al revés. Un día con mis papás y mis hermanas nos sentamos a comer... ¡abajo de la mesa! Nos sentamos en el suelo y como si la mesa fuera un club, comimos debajo de ella. Otro día hicimos una fiesta, ¡cuando no había nada que celebrar! Pusimos música, cosas ricas y bailamos. Con mi papá construimos un club de madera, donde antes tenían que dormir los perros (pero nunca durmieron ahí). Y ese club no era para los niños, ¡era para mi mamá! Eso sí que es mundo al revés. Mi mamá dice que es para guardar las herramientas que usa en el jardín pero yo creo que es para comer cosas ricas escondida... Otro día nos vestimos de huasos y bailamos cueca... ¡¡y no eran las fiestas patrias!!

Me desperté y me di cuenta... de que no tenía que ir al colegio. El mundo al revés no era un sueño, ¡estaba pasando todo en verdad! Y entendí lo que estaba viviendo: había un virus que afectaba a la gente y por eso no podía ir al colegio ni salir de mi casa, pero sabía que después de un tiempo esto iba a pasar, así es que tenía que aprovechar el tiempo que quedaba al máximo. Por eso mismo, seguimos haciendo cosas locas con mi familia para sentir que sigo soñando con el mundo al revés.

Mi día a día en cuarentena

Hola yo soy Estrella y bueno todos sabemos que estamos la mayoría en cuarentena así que les contare los días que fueron más especiales para mí.

Así comienza mi día: levantándome con mi perrita dándome besos por toda la cara. Después me baño, me pongo ropa y me maquillo si porque aunque estemos en cuarentena yo me sigo maquillando. Ahora si voy a prepararme un delicioso desayuno a mí y a mi perrita Puma si es un nombre raro pero me gusta y a ella también. Después de tomar un rico desayuno me preparo para ir a pasear a Puma claro que cuando voy a pasear a Puma me llevo un alcohol gel, guantes y mascarilla. Después llegamos a casa y vemos una película. Hacemos ¡EJERCICIO! AUNQUE NO ME GUSTA DEMASIADO, pero lo necesito comencé con el calentamiento mientras observaba como Puma estaba relajada acostada en su camita. La envidiaba bueno, pero después del calentamiento terminé agotada y eso que recién era el calentamiento pues al rato después estaba casi terminando con sentadillas y cada vez que me agachaba Puma me daba un beso.

Al terminar con los ejercicios me desmaquillé y me lavé me puse pijama y preparé mi once mejor dicho nuestra once. Pues comimos vimos más películas jugué un poco con Puma hasta que se cansó y se durmió después me puse a hacer un poco de tareas y me llamó mi mamá en realidad yo todavía sigo en el colegio y mi mamá vive arriba de mi departamento algunas veces me va a dejar comida o a saludarme o algunas veces van mis hermanas a jugar con Puma ellas también tienen dos perritos Luna y Pepe que de vez en cuando los tengo que cuidar yo a los tres. Después de un rato continúe pintando un hermoso cuadro de regalo para mi mamá; ya se acerca su cumpleaños fracasé alguna veces pero lo logré o eso creía. Me dio mucha sed así que fui por un vaso de agua en cuanto volví Puma estaba despierta y mi hermosa pintura paso de hermosa a papel mojado y roto Puma había derramado su agua para beber en mi pintura de inmediato limpié todo y reté a Puma le dije como todo humano lo hacía le dije perro malo. Y lo mandé a dormir en cuanto yo no podía dormir no sabía que más hacerle de regalo a mi mamá al día siguiente mi mamá salió a trabajar. Así que yo y mis hermanas preparamos una fiesta sorpresa y al final bueno al final mis hermanas pusieron sus regalos y preguntaron que dónde estaba el mío y yo les dije que no pude hacer un regalo. Unos minutos después llegó mi mamá y gritamos ¡SORPRESA! mi mamá se sintió muy feliz y bueno después celebramos, comimos mini pastelitos y llegó el momento de los regalos mi mamá abrió el de mis hermanas que eran unos dibujos y chocolates. Después mamá preguntó por el mío dijo que yo siempre le daba uno y pues yo le dije que esta vez se me había olvidado cuando le dije eso yo me sentí muy triste pero ella me sonrió y dijo que a ella no le importaba si había hecho un regalo o no lo que le importaba era que todos estuviéramos juntas y felices en familia yo respondí sí es verdad. Con toda la fe, que Dios nos protegerá de todo lo que está pasando; lo importante es que las familias se mantengan unidas.

Isabella Gaune, 8 años

El viaje imaginario de Luciana y Tomás

Había una vez una niña que se llamaba Luciana. Era tierna y juguetona y su muñeca favorita se llamaba Luisa. Tenía un hermano llamado Tomás que era amoroso y un gran experto en computadores y tecnología.

Un día Luciana estaba jugando con su muñeca Luisa y su hermano Tomás llegó con un gran sombrero. Distraída Luciana dejó la muñeca en la mesa al mismo tiempo que Tomás dejaba el sombrero en la mesa. Un rato después Luciana se había acordado de Luisa porque ahora quería seguir jugando con ella.

Luciana empezó a buscar a Luisa, preocupado Tomás la trataba de ayudar. Luciana empezó a llorar por perder la muñeca que le había regalado su bisabuelita. Luciana lloró y lloró toda la noche y Tomás la trataba de ayudar. Desde eso pasaron 3 semanas... y Luciana no paraba de llorar.

Entonces un día, bien temprano, Tomás le dijo a Luciana “si es necesario llegaremos al fin del mundo juntos para buscar tu muñeca, pero por favor no llores más que me duelen los oídos”. Juntos la encontraremos y así comenzaron su viaje, pero Luciana no paraba de llorar..

Su primera parada sería Italia. Cuando llegaron no entendían cuando alguien le decía *ciao*. Ellos pensaban que los italianos le decían que se tenían que ir del país. Pasaron semanas y los niños no encontraban nada. Buscaron por muchas ciudades como Roma, Venecia, Nápoles... y de eso pasaron semanas, meses.

Se fueron de Italia. Ahora iban a Rusia y no entendían nada de nada cuando les hablaban los rusos. Ellos entendían *bla ñop bas*. Pasaron de eso una semana y no encontraban nada y también por la falta de entender se fueron.

Llegaron a Francia y cuando ellos fueron a un restaurant y les trataban de hablar los franceses se daban vuelta. Les trataron de hablar en inglés y tampoco los escuchaban así que por eso se fueron cansados...

Los dos volvieron a casa cansados, y cuando Tomás vio algo moverse detrás de un cojín de casa encontraron a una nueva mascota. Sus papás, Mauricio y Carola, les habían comprado una mascota. Era una gata lo que Luciana y Tomás habían querido durante todas sus vidas. ¿Cómo le pondrían a la nueva gatita de la familia?

Catalina, Macarena, Constanza, quien sabe. Luciana desconsolada por no encontrar a su muñeca se fue a dormir. Tomás a medianoche sintió un llanto se levantó y vio a Luciana llorando. Se acercó a consolarla y le dijo “tranquila hermanita, mañana seguiremos buscando. Te acuerdas cuando el papá me dio un frasco con monedas de 500 pesos, las he juntado por muchos años. Me alcanza para 5 viajes, tranquila, mañana nos vamos”.

Luciana motivada se fue a dormir. A la mañana siguiente Luciana se había despertado a las 6 de la mañana. Tomás también se había levantado a esa hora. Agarraron todas sus cosas y se fueron al aeropuerto... y ahora dónde irán...

Irán a Estados Unidos. Luciana va practicando su inglés en el avión. Tomás duerme. Luciana va motivada porque según ella tiene una amiga lejana, aunque Tomás no le cree nada. Llegaron a un lugar para cambiar dinero y de un momento a otro, en un abrir y cerrar de ojos, Luciana no mentía. Se encontró con su amiga y su amiga se llamaba Nicole... Tomás no lo podía creer. En la noche Luciana se escapó del hotel para juntarse con su amiga. Al día siguiente Tomás despertó y fue a levantar a Luciana. No estaba. Saltó al techo y empezó a buscar a Luciana en la casa de su amiga.

Desesperado Tomás le dijo a Luciana que volvieran al hotel para buscar la muñeca hasta en el alcantarillado. No la encontraron se aburrieron y se fueron. Eso sí la amiga de Luciana los acompañó al aeropuerto ¿ahora dónde irán?

...A España. Iban en el avión y Luciana no se sentía bien cuando despegaron. Fue al baño y empezó a vomitar. Tomás preocupado fue a verla y Luciana se sentía un poco mejor. Se sentó en su asiento y llegaron a España y fueron a buscar la muñeca. Se encontraron con una tía muy lejana que les ayudó y les presentó las ciudades de España. Quedaron impactados en Sevilla por el baile flamenco y cuando terminaron las bailarinas los hermanos buscaron la muñeca en sus faldas. Lo han pasado muy bien, pero van a seguir buscando a la muñeca sin parar... y ¿ahora dónde irán?

Isla de Pascua. Ahí vieron muchos peces, fueron a carreras de botes, bailaron pascuense y comieron un delicioso atún y por ultimo se sacaron fotos en los moais y obvio que siguieron buscando la muñeca... y ¿ahora dónde irán?

A Alemania... no entendían nada de nada y los alemanes solo decían *danke*. Tomás y Luciana también decían eso sin saber que significaba. Buscaron por todas partes, pero hacía mucho pero mucho frío. Al día siguiente en el aeropuerto Luciana nuevamente se había perdido. Tomás desesperado la encontró y estaba lavándose las manos en el baño. Salía su vuelo en 4 minutos y lograron irse... y ¿ahora dónde irán?

A Perú. Ahí tienen una tía llamada Lili. Ella les enseñó algunos museos, playas y 2 días después Luciana y Tomás se tenían que ir. En el aeropuerto Tomás tenía que ir al baño, pero salía su vuelo en 1 minuto así que tuvo que aguantarse y por supuesto buscaron la muñeca.

Irán a Bolivia. Ahí lo pasaron muy bien, fueron al carnaval boliviano, se divirtieron y los hermanos en el carnaval siguieron buscando... y ¿ahora dónde irán?

Llegaron a casa asustados por haberse gastado todos los ahorros y porque a lo mejor sus papás se enojaban por el viaje. Pero sorpresa... Tomás agarró su sombrero y Luisa la muñeca estaba ahí. Los hermanos rieron por horas había un jijijijiji... por aquí y por allá... y lo mejor para los hermanos es que sus papás no se habían dado cuenta ya que mientras sus hijos viajaban los papás dormían...

Inés Burmeister, 11 años

Una aventura fascinante

Una tarde del dieciséis de marzo estaba lloviendo y hacía mucho frío.

Ya habían pasado horas desde que yo llevaba mirando por la ventana el hermoso paisaje del campo de mi abuelo. Estaba muy aburrido, porque mis papás acompañaron a mi abuelo al doctor porque estaba enfermo. Estarían fuera hasta las cinco y media de la tarde y recién era el mediodía. Yo, por mi parte, tuve que quedarme con el cuidador del campo.

Yo estaba adentro de la casa, pero en cambio el cuidador que se llamaba Nelson se quedó afuera sacando los cojines de la terraza, cortando leña para echar a la caldera y arreglando unas maderas de la entrada.

Dos horas después, cuando el sol volvió, Nelson entró a la casa, me miró y me dijo: –Joaquín acompáñame al campo de los Klingenberg que queda a la vuelta de la bahía, en busca de huevos para que Rosana (la cocinera) haga un flan para cuando lleguen tus papás junto con tu abuelo. Tengo poco tiempo, porque pronto tengo que cortar el pasto.

Yo no tenía ganas de ir, pero después de todo tuve que decir que sí a su propuesta porque no me dejaban quedarme solo en la casa.

Bajamos la colina, los dos estábamos bien abrigados, cada uno con un polar y una parca porque aunque estaba soleado corría una brisa helada. Después de una larga caminata llegamos a la casa bote, el abrió la puerta y me dijo: –Pasa y saca dos salvavidas mientras yo saco la lancha y la llevo al lago. Yo asentí con la cabeza. Después fui al lago con dos salvavidas colgando de mi brazo, nos los pusimos y él prendió el motor y empezó a avanzar.

Cuando salimos de la bahía me cayó una gota de agua, miré hacia arriba y de la nada empezó a llover torrencialmente. La lancha se movía por las olitas pero sorprendentemente esas olitas cada vez se fueron haciendo más grandes y grandes y terminaron siendo olas que movían bastante la lancha. Yo ya había estado en tormentas antes así es que no se me pusieron los pelos de punta, pero igual estaba un poco nervioso. Unos segundos después miré a Nelson, él estaba sereno pero al rato noté su cara de temor. Para que bajaran mis nervios le pregunté cuándo íbamos a llegar al campo de los Klingenberg pero él no respondió. Después de un rato, se nos paró el motor y Nelson me dijo que me agarrara muy fuerte porque había una baja posibilidad de que nos diéramos vuelta con una ola que venía más o menos a tres metros de nosotros. Cuando lo dijo me asusté y cerré los ojos. Y esa baja posibilidad se convirtió en realidad. Lo único que recuerdo fue la voz de Nelson gritando desesperado mi nombre. Desconcertado, abrí los ojos y vi lo que pensé que era mi último resplandor.

Horas después (supongo), Nelson se despertó en la orilla de una playa, tosiendo y escupiendo mucha agua. Cuando estuvo mejor, miró a su alrededor buscándome, pero no me vio por ninguna parte. Entonces empezó a gritar mi nombre más veces de las que se había imaginado, hasta que se quedó sin habla. Estaba demasiado preocupado para poder pensar con claridad. Nelson estaba desesperado.

Después de pensar por un largo rato se dijo a sí mismo que si quería encontrar a Joaquín, saber dónde estaba y encontrar el camino de vuelta al campo de don Gregorio, su jefe y el abuelo de Joaquín, tenía que hacer una fogata y descansar porque se estaba haciendo de noche. Aunque lo único que deseaba era salir en su búsqueda, sabía que no podía hacerlo y que debería continuar al día siguiente. Así es que hizo una fogata y se acostó con el plan de quedarse dormido para que con los primeros rayos de luz retomara la búsqueda y pudiera explorar el lugar. Sin embargo, esta idea no funcionó porque le costó muchísimo cerrar los ojos a causa de haber perdido al niño.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, Nelson empezó a explorar el lugar. Cuando ya había pasado más o menos media hora, el cuidador vio algo en el piso. Parecía un cuerpo humano ¿Era Joaquín el que estaba allí? Cuando Nelson lo miró de cerca se dio cuenta de que sí era él, pero desgraciadamente estaba inconsciente. Nelson lo llevó a donde había hecho la fogata la noche anterior y unos minutos después, ante su sorpresa, Joaquín se despertó tosiendo igual que Nelson cuando se despertó en ese extraño lugar.

—Joaquín, Joaquín, mírame, estás a salvo conmigo. Al parecer una ola dio vuelta la lancha —le dijo el cuidador. —¿Dónde estamos? —preguntó Joaquín con inquietud. —No tengo ni la menor idea —contestó Nelson. Más tarde, el cuidador empezó a buscar palos para hacer una fogata. Y de repente, Joaquín, sin poder creer lo que estaba viendo, empezó a gritar desesperado: “¡¡Ayuda!!”.

Apenas Nelson escuchó lo que Joaquín gritaba se dio vuelta, y mientras sus ojos miraban un bote de pescadores, él comenzó a gritar lo mismo. A los pocos minutos pararon de gritar, porque se dieron cuenta de que las dos personas que estaban en el barco ya los habían visto. Los pescadores se acercaron a la orilla de la playa y los cuatro se subieron a la embarcación y esas dos muy amables personas llevaron a Nelson y a Joaquín al campo de don Gregorio. Los papás de Joaquín, que estaban muy preocupados por su hijo y también por Nelson, los abrazaron cuando los vieron. Don Gregorio le dijo al hombre que estaba muy agradecido por salvar a su nieto y que se tomara unas vacaciones. Joaquín y Nelson, desde ese entonces, se volvieron más cercanos que nunca.

CATEGORÍA MENORES DE 12 AÑOS

Bastián Patricio Díaz, 10 años

Cuento de cuarentena

Hola. Me llamo Bastián. Con esta cosa que ha estado pasando me he sentido muy mal. Desde que empezó esto de la cuarentena han pasado cosas muy malas. Ha estado muriendo gente, contaminándose el mundo. Esta es una amenaza global. En esto casi nadie se puede salvar.

Cuando se decretó la cuarentena yo estaba en Cabrero con la familia de mi papá, y justo dijeron que no había clases al otro día. Se decretaba cuarentena para todo el país. Yo me sentí muy triste y tenía miedo de enfermarme de esta enfermedad porque yo no quiero que nadie muera ni que pasen cosas tan malas. Nos hemos sentido muy mal con todo esto, no hemos podido salir.

Yo aquí vivo en el campo. He podido salir al campo que tengo aquí a pescar a algunas partes, a algunos ríos que hay cerca. Pero no he podido salir a ninguna otra parte. Al pueblo no más, un pueblito que está aquí cerca donde vivo yo.

El pueblo se llama Quepe, la comunidad donde voy a comprar, y aquí no tenemos casi nada. La escuela nos viene a dejar una semana al mes, o algo así, comida para que nos cuidemos. Y estamos tratando de estar lo mejor posible y no tener miedo de estas cosas. Cuidarnos mucho, no ir a lugares donde hay mucha gente, como Temuco, porque tenemos que estarnos cuidando. Si no nos cuidamos, nos puede pasar algo muy malo.

Para todas las personas del mundo que están solas en sus casas, que extrañan a sus familias, que están separados, a todos: espero que no nos pasen malas cosas. Que lo pasen bien, que no tengan miedo, y que no se sientan solas. Porque sus familias siempre estarán en sus corazones. Siempre estarán esperando en sus casas.

Yo espero que pase todo esto para visitar a mis amigos. Están muy lejos. Algunos están cerca de aquí, pero no puedo visitarlos. Ni a mis primos, que están cerca de mi casa. No los puedo visitar. A nadie puedo ayudar. Solo estoy aquí con mi mamá, mis hermanos y mi tío, que vive aquí en mi casa. Él venía de Copiapó hasta acá por una semanas, pero cuando decretaron la cuarentena no se pudo ir de aquí, y ahora está esperando a saber cuándo se podrá ir.

Algunas veces mi mamá y mi papá salen a comprar a Temuco y tienen que pedir permiso en una App de Policías. Casi nunca pueden salir. Solos en las casas, aburridos. Bueno, nosotros no aquí, porque como le estaba diciendo al principio, tenemos un campo muy grande.

Por las tardes, jugamos a la pelota con mi tío. Siempre jugamos. Pero algunas veces nos aburrimos. Queremos ir a la escuela e invitar a nuestros compañeros, aprender nuevas cosas, para después trabajar en trabajos muy buenos. Porque yo quisiera, cuando sea grande, trabajar siendo militar, o jugar a la pelota... no sé. Con esta cosa del virus no sabemos si podemos planear cosas más adelante. Pero hay que tener confianza en que van a pillar la cura.

Algunos dicen que este virus es un cáncer de la Tierra por hacerle mucho daño. Otros dicen que se hizo en China. Hay muchas explicaciones. Pero nadie sabe cuál será la que es real.

A veces hay noticias que son de mentira.

Ya llevamos muchos muertos. Ya pasamos los cien muertos, y vamos por los ciento cuarenta y algo. Ya llevamos muchos contagiados aquí en Chile. Tanto muerto que llevamos. ¡Y yo más encima enfermo!

Nos estamos tratando de cuidar mucho. Ojalá que no nos pase nada malo.

Bueno, me despido. Que estén bien.

Adiós.

Amanda Fuentes, 14 años

No vida pero vida

—Día 1.467, estoy a dos segundos de hacer las tareas— miré disimuladamente mis cuadernos intactos desde que los traje aquí y volví a centrarme en mi video. JA, QUE BUEN CHISTE. Lo de siempre, aburrido todo el día y pareciera que ya me vi todos los animés posibles. Nada más que reportar— terminé la grabación y no se guardó porque no tengo más espacio. Genial. Todos piensan lo estúpido que es grabar reportes de la cuarentena, pero cuando vean que los aliens si vienen, me lo van a agradecer. Eso si, no se cómo la nueva generación va a descifrar mi contraseña cuando encuentren mi teléfono pero ese ya no es mi problema. Tiré mi celular por ahí y miré a mi perro mirarme con su expresión de siempre. No tuvo que decirlo dos veces.

—Cheti, eres un genio—. Bajé las escaleras cautelosamente y me fijé que no hubiera nadie antes de salir corriendo y agarrar una pieza del puzzle de mi hermana menor. Corrí como alma que lleva el diablo a mi habitación y escondí la pieza en el closet. Cheti me miró y yo sonreí cómplice. Cuando mi hermana ofreciera plata por esa parte, Cheti y yo llevaremos la ventaja. Si tú crees que hacer una guerra con tu hermana menor es infantil, pues déjame decirte que estás en lo correcto. Pero si te ayuda a perder el tiempo de una manera divertida, vale la pena. No como esa basura de clases online y tareas que mandan los profes. ¿Para qué quiero saber la velocidad de una onda cuando puedo hacer millones de aviones de papel con los post-it? Mi colección se hace cada vez más amplia y estoy orgulloso de eso.

—Fede—mamá apareció por la puerta. —Necesito que te vistas, ordenes esta cueva y me ayudes a poner la mesa que ya vamos a almorzar.

—¿Algo más su majestad?—amaba llamarla así.

—Sé que no vas a hacer las tareas así que por ahora no. —Amaba a mi mamá por eso. Sabía lo difícil que es quedarme quieto para hacer algo que no me gusta y no me presionaba. Ella sabía que lo haría en algún momento.

Me cambié a ropa porque al parecer no me puedo quedar todo el día en pijama y acomodé algunas cosas antes de bajar a ayudar.

—TÚ —fui apuntado de manera acusatoria apenas entré a la cocina—, devuélveme lo que robaste ladrón.

—No sé de lo que estás hablando—dije poniendo los platos en la mesa. Sentí un monstruito en mi espalda que estaba listo para atacar, mamá me salvó.

—¡La comida está lista!—mi hermana se soltó de mi espalda y se sentó a devorar la comida.

Luego de acabar el almuerzo y escapar del monstruito encerrándome en mi habitación, me recosté en mi cama. Sé que solo a pasado un mes pero extraño todo. Excepto el colegio. ¿Saben como todos dicen que extrañan ir al colegio? Mi teoría es que todos extrañamos ver a todos nuestros compañeros o gente que veías a diario aunque no hablaras con ellos. Yo por ejemplo, extraño pelear con la profesora porque “supuestamente” estaba hablando con mis compañeros, y sí lo estaba haciendo, pero me encantaba verla estresarse. Mi celular sonó interrumpiendo mis interesantes pensamientos.

—OH, POR DIOS—desbloquee rápidamente mi celular y entré a *TokTik*, si, *TokTik* así queda más *cool*. Ahí estaba... la diosa que le había dado *like* a mi comentario. Esto definitivamente estará en el reporte de mañana.

Como el tiempo pasa mágicamente volando viendo el celular, cuando levanté la vista ya estaba oscurísimo. Más oscuro que el alma del personaje de la serie que estoy viendo por quinta vez porque Netflix no puede sacar nada bueno para ver. Ahora tenía dos opciones: bañarme y luego bajar a comer... o podía bajar a comer sin bañarme... obviamente la segunda opción sonaba mejor. Como dice el dicho, deja siempre para mañana lo que puedes hacer hoy. Bajé y verifiqué que mi hermana no hubiera puesto nada en mi comida antes de subir devuelta a mi santuario. Puse un video y devoré mi cena. Tenía hambre, ¿qué esperaban de un adolescente aburrido en su casa sin comida chatarra guardada en casos de aburrimiento? Porque admítanlo, ¿cúal es la principal manera de matar el tiempo? Comiendo. El único problema fue mi jugo, ese monstruito era una verdadera bestia a la hora de bromas.

Mágicamente, de nuevo, pasó una hora. Bajé mis cosas y las lavé para que no tuviera que pasar la furia de Su Majestad. Volví a ponerme pijama, aún encontraba absurdo que me lo tuviera que cambiar cuando claramente no hago nada productivo, y puse mi ropa en la silla, algún día sacaría toda la ropa de ahí... algún día. Me iba a acostar cuando sentí unos toques en mi puerta. Abrí rápidamente con una pantufla en mi mano pero lo único que había era un papel en el suelo. “Te ofrezco 500 pesos por la pieza”. Sonreí, Cheti era un genio.

Eduardo Vio, 14 años

Día 31

Hoy cumplo un mes de cuarentena y me he dado cuenta que en mi familia ya no se habla del coronavirus o de salir a la calle. Los tiempos de salir a la calle van quedando atrás como un puerto de un barco y temo que los tripulantes de este barco hablan como si nunca más fuéramos a tocar tierra.

Yo creo que a todos nos vendría bien una cuarentena de vez en cuando, porque la cuarentena nos permite desarrollar algunas habilidades que no conocíamos de nosotros o quizás sí conocíamos, pero no las habíamos podido desarrollar. El aburrimiento de la cuarentena ha provocado en mí desarrollar habilidades que antes no tenía, como es la escritura, también he podido mejorar mis habilidades culinarias. Creo, además, que vivir una experiencia como esta nos va a hacer bien para ver las cosas de otra forma. Unas de las cosas que más extraño de poder salir es la típica caminata por el barrio el domingo por la tarde. Antes veía esa caminata como algo corriente que quizás me servía para despejarme, ahora creo que esa caminata es una de las cosas que más me servía para pensar con calma las cosas.

En el último tiempo he visto a mi papá y mi mamá muy preocupados por la situación a nivel mundial pero tranquilos y positivos. He visto también a mi hermana tomando la situación muy positivamente disfrutando lo más posible de las cosas que no disfrutamos en tiempos normales, como estar con la familia, descansar y disfrutar de la comodidad de tu casa. Sé que hay gente que no se puede quedar en la casa porque no tiene qué comer, sé que hay gente que sufre violencia intrafamiliar, sé que hay gente que tiene casas muy chicas o muy precarias y por eso intento hacer hasta el mínimo gesto para contribuir en la situación país a pesar de que no puedo hacer grandes gestos en la situación que estoy. En mi casa al principio había mucha preocupación por tener harta comida y lo necesario para estar encerrados un buen tiempo, pero al pasar de los días, mi papá y mamá se fueron relajando.

El estar tanto tiempo en cuarentena y hacer todos los días lo mismo hace que piense como si llevara mucho tiempo en esto, pero los días se pasan rápido y a medida que pasan voy perdiendo cada vez más la noción del tiempo. Para mí ya no existen los días de la semana. Hay una tórtola en mi patio que le encanta meterse a la casa y se mete cada cierto tiempo, por eso ahora cuento el día en tórtolas. Cada una tórtola tengo que regar, cada tres tórtolas cocino yo, y así con todo. Hasta mis sueños han cambiado. Antes soñaba con grandes logros deportivos, ahora solo sueño con un asado en el campo de mis abuelos, pero lamentablemente no sé cuántas tórtolas quedan para eso.

Al principio de esta cuarentena creía que para superar esta pandemia teníamos que tomar las medidas más drásticas posibles y que cada uno se encerrara en su casa hasta que esto pasara, pero ahora creo que, si bien hay que tomar medidas importantes, la única manera de salir de esto es que nos ayudemos entre nosotros y tomarnos esta cuarentena de la mejor manera posible para bien de nuestro bienestar psicológico y así poder salir de esto en pocas tórtolas más.

No era hoy

En Chile, se escuchaban diferentes tipos de opiniones, hay quienes creen que las medidas son desproporcionadas, y que no es sencillo contagiarse, ni mucho menos la muerte, como la familia Santibáñez. Por otro lado, hay quienes tomaron las precauciones necesarias, como una familia de La Florida que la conforman Francesca la madre y Peter, un niño de 8 años de edad.

Francesca trabajaba mucho en una tienda del centro para mantener a su hijo, y a pesar de este virus ella se levantaba temprano e iba a su tienda de disfraces. Pasaron unos días y decretaron cuarentena, todo lo que no era de primera necesidad tenía que ser cerrado y Francesca tuvo que cerrar, en lo único que pensaba era en su hijo y cómo entretenerlo, ya que tenía unos ahorros guardados hace algún tiempo no se preocupaba por su capital. Se tardó un rato y se le ocurrió algo, tomó su mochila y la llenó con disfraces de talla para ella y su hijo. Empezó camino, llegó a su casa y le explicó a Peter que no se podría salir todo el tiempo, pero cada vez que fueran a botar la basura al contenedor que se encontraba en la esquina del pasaje saldrían los dos disfrazados. Se divertían mucho cuando elegían lo que se iban a poner, salían vestidos de princesas, dragones, gatos, súper héroes y mucho más, pero ya había llegado el día que se le agotaron los trajes y su hijo no le paraba de preguntar cada día cuándo acabaría todo lo que estaba ocurriendo, ella no sabía cómo responderle así que siempre le decía un día de estos pasará, pero el niño repetía, no era hoy que se acababa, no era hoy que podía salir a jugar, no era hoy que venían mis amigos.

Así fue por algún tiempo, hasta que la situación se puso más complicada, habían muchos infectados y seguían aumentando entonces Francesca tomó la decisión de no sacar más a su hijo, para evitar el contagio hacia ambos, ella estaba tan preocupada y en un momento que no era el mejor sintió sonar su celular, respondió a la llamada y se sorprendió ya que esa voz no la escuchaba hace años. Era él, el hombre que la abandonó a ella y a su pequeño, quedó sin palabras mientras él le hablaba y preguntaba si se encontraban bien, enfurecida le dijo que sí y que no se preocupara porque hace mucho él se había ido, eso fue todo y le cortó. Lo que quería era olvidar esa llamada, por lo que prendió el televisor, vio las noticias y decidió hablar con Peter, pero no acerca de la llamada de su padre, sino para decirle que no sabe cuándo se acabará la emergencia total entonces lo llamó y luego que le explicó hicieron tareas, jugaron algunos juegos hasta que Peter se durmió profundamente. Por otro lado, a Francesca se le partió el corazón cuando vio la cara de su hijo, al decirle lo que estaba sucediendo, ella lo único que quería era que se acabara para volver a ver a su hijo corriendo, jugando en el parque, en fin, siendo un niño feliz.

Juan Pablo Undurraga, 16 años

Vida durante la cuarentena

Todos alguna vez en la vida nos hemos querido escapar de la rutina y dejar todo lo cotidiano por algo más tranquilo y pasivo. Pero nadie pensó en la forma que ese deseo se haría realidad.

Era un día ordinario y común, como cualquier otro, los escolares se dirigían a sus clases y sus padres iban a sus trabajos. Tras la jornada de trabajo y estudio a algunos apoderados les llegó un mensaje en el que se cancelaban las clases por un oponente biológico formidable, que había puesto en duda los mejores sistemas de salud del mundo, llamado SARS-CoV-2 o comúnmente llamado Covid-19 o coronavirus. Tras la llegada del mensaje a los apoderados de distintos colegios, se cancelaron las clases y así comenzó una instancia en casa que a muchos les daría felicidad y a otros angustia.

Al día siguiente comenzaba oficialmente la pérdida de clases. Algunos lo vieron como algo bueno, otros no sabían por qué no iban al colegio. Personalmente lo vi como reanudación de las vacaciones que recientemente habían terminado, por lo que no me fue difícil reanudar mi flojera.

La primera semana de clases paralizadas o como a mí me gusta llamarla “vacaciones” fue, en contra de todas mis expectativas, un verdadero infierno, pues no solo tenía que luchar contra mis pocas ganas de hacer algo, sino que también tenía que lidiar con mis tres hermanas menores, que a diferencia de lo que a mí me ocurría, tenían que hacer tareas por medios digitales y eso, junto con el hecho de estar encerradas con un hermano mayor molesto, las volvía muy irritables y enojonas con cualquiera que se les cruzara en frente.

Por mi parte yo tenía que hacer tareas escritas en mis cuadernos lo que se me hacía muy tedioso, pero que por suerte no me eran difíciles de hacer, pues a mi colegio, en disparidad con el de mis hermanas, le gustaba hacer clases presenciales y creía que esta “cuarentena” iba a terminar pronto, lo que obviamente no sucedió. Mis padres por su parte trataron de organizar un poco el caos que se avecinaba, pero sin éxito alguno. Las primeras semanas fueron confusas y desesperantes, y por muy difícil que parezca casi todos querían volver al colegio.

Cuando por fin el desorden de las primeras semanas se dispó tuvimos cuarentena comunal, por lo que no podíamos salir y debíamos quedarnos reducidos en nuestro hogar. Mi familia logró organizarse y adaptarse bastante rápido al confinamiento, cada uno tuvo una tarea que hacer; mis hermanas debían lavar los cubiertos que mi hermana chica usara en las comidas, por mi parte tenía que hacer su cama, además de barrer y trapear el living y el comedor.

Hasta ahora el encierro ha resultado bastante entretenido y relajante, con mis otros familiares nos comunicamos por video llamadas y a veces incluso jugamos Bingo, por supuesto cada uno desde sus casas. Tras el término oficial

de la cuarentena salimos a ver a mi abuela que, debido al virus que azota a todo el mundo, se fue donde mi tío abuelo, la alegría que sintió al vernos fue enorme y lo pasamos muy bien esa tarde conversando con ella en la terraza de la casa de su hermano.

Mis hermanas por su parte han afianzado y fortalecido sus amistades y situaciones familiares. Obviamente el confinamiento no es perfecto y hay veces en que ocurren enojos y retos, pero por suerte solo son momentáneos.

Todo esto que ocurre hoy en día me ha hecho pensar que, lamentablemente, hay algunas familias en todo Chile que no han podido encontrar un momento de paz y que en vez de reconciliarse y hacer de la cuarentena una estancia agradable, hacen de esta una situación peor que afecta su salud psicológica y que puede terminar en grandes daños irreparables.

Antes de que llegara este microscópico enemigo a nuestras vidas, logré leer el libro "El Hombre en busca de Sentido", y ahora que sufro de un encierro me ha hecho razonar y llegar a la conclusión de que este momento que soporta casi todo el mundo no es para andar molesto por cosas insignificantes, como lo es que mis hermanas me estorben, sino que es para disfrutar un tiempo en familia que pocas veces se otorgan. Además, encuentro que es un momento para poder preocuparnos por el otro y dejar el individualismo y el egoísmo que hoy afecta a nuestra sociedad. Hay que ayudar no solo al que lo necesita, sino a uno mismo a lograr objetivos trascendentales que son más importantes que lo económico y lo político.

Este periodo no se debe ver como un malgasto de tiempo, sino como una oportunidad para resolver esos problemas internos que nos corroen o que nos inquietan, es momento para dialogar y responder por fin esas dudas que hace tanto teníamos, es una ocasión para reconciliarse y llegar a un acuerdo intrafamiliar que una aún más las relaciones familiares que nos sustentan y son la base de cómo serán nuestros hermanos y niños en el futuro.

El temor que se sufre hoy en día no debe ser visto con malos ojos, debe ser visto con un lado positivo que, al igual que ocurre con algunos integrantes de mi familia, logra ayudar a nuestras relaciones, que durante este tiempo obviamente van a haber altibajos, pero que esperemos todo termine bien y que esta situación nos consolide como personas humanas que somos, y que fortalezca nuestra salud y relaciones en todos los sentidos posibles.

Confiemos en que esto termine pronto, pero mientras disfrutemos el tiempo en el que estamos juntos y ayudémonos para sobrellevar este momento tan difícil que sufren más de cien países en todo el mundo.

María Antonieta Cortez

Al revés otra vez

Cuando salía la luna, partía el día. Así eran los días, al revés, el silencio de la noche iluminaba la mente y daba cuerda para hacer y crear.

Primero hay que hacer aseo, obvio, lavar la loza y dejar impecable la cocina, el hervidor con agua, porque claro, puede haber un corte de suministro y sin tectico no nos vamos a quedar. El baño radiante en clorogel, el living y comedor con el piso limpio y el broche de oro: llevar a ebullición hojas de eucaliptus para que limpien el aire y huelan a bosque.

Ya quedamos activados, no se puede ir así como así a dormir, pues nos queda energía. Justo estoy viendo la biblioteca, los libros de lomo rojo podrían hacer un gran bloque de color y así quedar mucho más atractivo visualmente. Manos a la obra... dos horas más tarde, tarea resuelta. Me siento en el sillón donde a esta hora duerme mi perrita, ella como entrecejas, cual si fuera mi madre, me indica que ya no son horas y debo ir a mi cama y no estar en la de ella.

Hago caso omiso, total apagué una luz para que no le moleste. Del bichito aquí no vamos a hablar ni menos a pensar, ya tenemos bastante, ya tenemos el día al revés. Me pongo cómoda al lado de Blanquita, y empiezo a observar el movimiento de su globo ocular, está soñando y a ratos solloza despacito, le hago cariño.

Me acordé que no he trasplantado las suculentas y que gracias a su espíritu fuerte siguen viviendo en los maceteros minúsculos que cuelgan a pleno frío.

Me olvido de mí, pienso que este año no fue. Siempre he estado un poco en cuarentena, me molesta el gentío, y ya de grande opto por elegir con pinzas los momentos y lugares para compartir. Del jarrito de eucaliptus sale una bocanada refrescante que me lleva a sentir que estoy pisando hojas de otoño, hojas de palto, de un palto que ya no sé cuántos años tendrá, pero ahí está, firme y vigoroso cambiando de pelo para prepararse para el invierno. Tomo el pasaporte para viajar y voy hacia ese delicado y crujiente suelo... aquí está todo en calma, a lo lejos huele a levadura y veo unas sábanas que cuelgan del tendedero y por entre sus hilos un rayo de sol, la imagen perfecta de calma y quietud. Aquí hay muchas hojas y pretendo pisar unas cuantas más. ¿Quién más quisiera lo mismo? Ese calorcito me despierta, pude dormir por quizá diez minutos, recordando, imaginando. Ahora con esa sensación fresquita ordeno recortes para un próximo collage de mundos imaginarios.

Por fuera pasan unos caballos, varios, y se escuchan voces de hombres de campo. Pareciera ser un buen augurio.

Ambarina

Me llamo Ambarina. Hace un tiempo dejamos mi mamá, mis hermanos y yo nuestro país.

Mi mamá dice que nos vinimos porque aquí se vive mejor, pero lo que pasó en realidad es que ella se enamoró de un extranjero, quien nos invitó a vivir a su país.

Aquí se habla una lengua diferente que todavía no entiendo, pero en el barrio hay algunos niños que hablan español, al igual que yo. Todos venimos de diferentes países y nos parecemos poco, pero es divertido jugar juntos. Bueno, era divertido hasta que tuvimos que quedarnos encerrados para no contagiarnos de una enfermedad que se llama Corona. En la televisión hablan de una pandemia, y mi mamá dice que eso significa que en todo el mundo hay gente enfermando de lo mismo.

¿Por qué la habrán llamado así? Las coronas son para los cumpleaños, no para los enfermos. Tal vez pensaron que al darle ese nombre, los enfermos se sentirían un poco mejor.

Antes de encerrarnos, a mi y a mis amigos nos gustaba mucho hablar de cómo son las cosas en esta ciudad y compararlas con nuestros países.

Dulce de leche, arepas, sopaipillas, patacones, pan con palta, tortillas, frijoles, suspiro limeño... ¡Ay qué rico! Siempre hablamos de las comidas que extrañamos, aunque al final nos quedamos felices comiendo waffles o papas fritas.

Fermín dice que aquí los autos son todos nuevos y grandes, no como en su país, donde los autos son viejos y destartalados.

Ana extraña las casas de su pueblo, que son grandes, de un solo piso y tienen un amplio patio al medio. Las casas en esta ciudad están todas pegaditas entre sí, tienen varios pisos y unas escaleras bien angostas.

Violeta piensa que la gente aquí es amable y está siempre dispuesta a ayudar. También dice que en su país la gente habla mucho pero ayuda poco.

Adrián viene de un pueblo chico, por eso le asusta cruzar las calles por las que pasan tranvías, buses, autos y bicicletas al mismo tiempo.

Lola con pena nos dice cuánto quisiera que sus tíos y primos también estuvieran aquí, porque la gente en su país pasa hambre y no tiene de dónde sacar comida. Por eso le gusta tanto ir a los supermercados y ver las repisas siempre llenas.

Toño nunca había visto mujeres que cubrieran su pelo por religión. En nuestro barrio hay más mujeres con velo que sin él.

Desde que empezó esta pandemia, ya casi no nos vemos. Nuestras mamás hacen turnos para sacarnos a la calle, dicen que así no nos enfermaremos. Pero seguimos viéndonos a través de la ventana, y hablando de todas las cosas que haremos cuando nos den permiso.

Yo extraño los colores y sonidos de mi antigua ciudad, pero aquí tengo muchos parques para ir a jugar. Lo primero que haré será escalar hasta llegar al resbalín más alto, ese del que me daba miedo tirarme. Estos días decidí que ya no le tendré más miedo.

También decidí que cuando volvamos a ir al colegio, voy a atreverme a hablar. Es verdad que no entiendo todo lo que me dicen, pero más aún me avergüenzan mis errores, porque una vez una niña se rió cuando yo intentaba pedirle la muñeca para jugar con ella. Desde entonces no quise hablar más y seguí jugando sola. Pero después de tantas semanas encerrada jugando sola o con mis hermanos que se pelean por todo, ya no quiero hacer lo mismo.

Me gusta escuchar el canto de los pájaros. Si cierro los ojos, puedo imaginarme el carrito de helados que avisaba con su campanilla que ya estaba cerca, o el organillero que cada domingo pasaba por nuestra calle vendiendo remolinos. Todo eso aquí no existe, pero los pájaros cantan igual. Con ellos y mis amigos siempre me sentiré acompañada en este nuevo país, solo debemos esperar a que el mundo se recupere de una vez.

Carla Davico

Atardecer en cuarentena

Departamento recién pintado, alfombra gastada gris. Comienza el ocaso. Yo, mi gata y los fantasmas compartimos la cuarentena.

Uno de ellos está tendido en la alfombra y la acaricia con sus manos grandes. Es delgado y fibroso. Nariz tosca, con la personalidad de un tiburón. Los fantasmas extrañan, más que nada, el tacto. Mira hacia la puerta, como esperando a alguien. Alza la cabeza, solo la cabeza.

Los muebles miran a la puerta. El fantasma abre el refrigerador y saca una sogá anudada. La puerta comienza a chirriar. Se estremece. La manilla tirita, se calienta, se funde y cae su metal baboso sobre la alfombra, quemando lo que toca. El fantasma se apoya contra la puerta. Todo va a estar bien, le dice, acariciándola con una mano y con la otra sujetando la sogá. No hay vida en sus ojos blancos, su tiempo blanco, su espacio perdido.

Suenan las campanas de la iglesia a las siete y vibran los resortes del colchón, levantando polvo, ácaros, piel muerta, pesadillas y las líneas verdes de las sábanas. Vibra el barrio desierto. Solo hay viento y otoño en las calles abandonadas. La vecina de abajo fuma un cigarro en el balcón. Los niños militares cuidan el atardecer. Uno de ellos lleva los calzoncillos encima de los pantalones y dispara al cielo en el silencio, a las primeras estrellas, a todo el universo, pero las balas caen sobre las cunetas vacías, iluminando el cemento, intentando despertarlo de su solidez.

Por mientras, el fantasma se pasea con la sogá al cuello. El metal fundido se ha endurecido. No hay cómo salir. Se queda un buen rato paseando los dedos por el orificio donde hubo manilla. Los muebles miran atentamente. Entonces, golpea su cabeza contra la puerta. Estira la sogá con fuerza. Quiere salir de su existencia. Solo consigue un moretón en la zona de la garganta. Le sale una especie de tos, que se asimila al maullido de mi gata. Los fantasmas no sienten dolor. Vuelve a tenderse, rendido, sobre la alfombra. ¿Qué hacer con el mundo detrás de una puerta? Otro maullido sale de su garganta, remeciendo su cuerpo esbelto. Se oyen los fuegos artificiales de cada viernes.

El fantasma mira por debajo de la puerta, pero ella no se deja. Mete sus dedos por la delgada línea que la separa de la alfombra. Una astilla cala suave por su piel etérea y recuerda con nostalgia esa satisfacción.

El balcón da al norte y está lleno de cactus y suculentas en maceteros de distintos tamaños. Mi gata se persigue la cola. Yo juego con el humo del tabaco. Juego cachipún con mis manos. Pierdo, gano, me como las uñas, me atraganto con una y de mí sale un maullido fantasmal. Me rasco el muslo, el sobaco, la espalda. El fantasma me rasguña la espalda. Me tira el pelo. Le muerdo la mano. Un grito de gato al que le pisan la cola. Los fantasmas no sangran sangre. Miro a todos lados, todo me lo sé de memoria. Los países siguen puestos en el globo terráqueo sobre el escritorio, al lado del minicomponente. Giro el globo. Giro la cabeza. El fantasma gira en la alfombra, como persiguiéndose la cola. Dos adornos miran al oeste y el tercero al frente. Uno es rojo, el otro está enojado, el otro llora.

Mi gata abre sus ojos redondos. Se lame su patita. Una pareja de fantasmas hace yoga o tai chi en la alfombra pero no lo disfrutan. Muebles altos, muebles bajos. Adornos de distintas ciudades y materiales. Loza que ha sobrevivido terremotos, dictadura, cigarros apagados, comida vencida. La tele tapiada. El fantasma intentando ahorcarse en la alfombra. Todos nos retorremos en la alfombra a la vista de los cuadros y de las arañas que se asoman detrás de ellos. Suenan otra vez las campanas de la iglesia. Mi gata se lame el pecho. Respiramos al mismo tiempo los tres. Día, noche, muebles, alfombra, paredes, puerta, el universo. El bosque de sillas, la antártica de cerámica, la montaña con forma de mesa. Se acumula polvo y tiempo. Todo se amontona sin elegancia: cosas, campanadas, arañas. El fantasma seco, en posición fetal, ha logrado su cometido. Es hora de prender la luz.

Mi gata camina por encima del fantasma que ya se ha desvanecido. La casa está tranquila y nosotras nos miramos con el alivio de volver a sobrevivir a la hora fatídica.

Mirando una fotografía de mi abuela

Yo no sé qué pasa en el mundo. Estoy demasiado concentrado jugando ajedrez con mi abuelo y, hasta ahora, nunca le he podido ganar. Quizá porque me distraigo todo el rato con las palomas del jardín. Siempre hay dos o tres que se posan en la pileta que hay en el jardín, y mi abuela les toma unas fotos increíbles. Ella es fotógrafa profesional. Bueno, eso y mil cosas más. Según mi abuelo, también es mecánico-electricista, cocinera, traductora, alquimista, cuentacuentos, y la mejor esposa del mundo. Yo le creo.

No podía ser de otra forma. La mamá de mi abuela era cantante de ópera y su padre era un genio de la química, a quien el gobierno mexicano mandó becado a la Universidad de Marburgo en Alemania (sus amigos le decían “el Pavo”). De ellos, mi abuela heredó un alma artista y científica.

Mi abuelo es un romántico y escribe muy bien. Una vez grabó las iniciales de una niña que le gustaba en todos los árboles del Bosque de Chapultepec, y luego se subió en uno de ellos para verla pasar. Mientras escalaba, se cayó trágicamente y se hizo el muerto por si ella pasaba (para que llorara sobre su cadáver). Ella nunca apareció, pero sí apareció mi abuela. Aunque eso fue varios años después...

Mi abuelo se había quedado en pana en la carretera, y un auto se detuvo para ayudarlo. Para completa sorpresa de mi abuelo, del auto se bajó una mujer con ojos llenos de luz y una expresión muy divertida. Arregló el problema mecánico en unos minutos, y para mayor sorpresa de mi abuelo, ya llevan más de cincuenta años casados.

Ahora tienen un montón de nietos talentosos e interesantes, pero (esto lo dicen ellos) su nieto favorito soy yo. A mí no me da cargo de conciencia con mis hermanos y primos. Mis abuelos son mis mejores amigos y hacemos mil cosas juntos. Mi abuelo tiene una colección de bastones, y mi abuela tiene unos libros con unas fotografías increíbles. A mí me encanta caminar con mi abuelo, y ver fotos de mariposas y de olas con mi abuela.

Cuando caminamos con mi abuelo, hablamos de las cosas importantes de la vida: el amor, la muerte y los sueños. Además, por las mañanas, yo le leo el diario de su papá que peleó en la Revolución Mexicana. Así que cuando salimos a caminar, también hablamos de eso (“¡tenemos que armar una revolución!”).

Con mi abuela cocinamos casas de chocolate blanco, y fabricamos nubes de acuarela. Ella me ha enseñado a mirarlo todo, y a rezar por las noches.

Yo no sé qué pasa en el mundo. Ahora me dicen que ya no puedo estar con mis abuelos. Que la situación es difícil y hay que tomar precauciones. Yo no lo entiendo. ¿Quién acompañará al abuelo en sus largas caminatas? ¿Quién fabricará nubes con la abuela? ¿Acaso no ven que me necesitan?

Dicen que es por su bien, que su salud es lo más importante. Pero no entienden nada. ¿Quién va a rezar con mi abuela? ¿Quién le va a leer a mi abuelo el diario de su papá? (Soy el único que entiende la letra). ¿Quién lo acompañará en sus caminatas? ¿Quién será su cómplice en la revolución?

Mi abuelo, hace tiempo que ya no salimos a caminar. Además, nuestra última partida de ajedrez quedó incompleta, porque tú te fuiste al baño justo cuando por fin te estaba acorralando. Ya caché tu juego sucio: así te mantienes imbatible siempre.

¡Ay! Yo no sé qué pasa en el mundo.

Ahora vivo en Chile. Mi abuelo murió hace dos años. Y ayer mi abuela me mandó una foto de su cuarentena: unas palomas en la pileta de su jardín.

Ricardo Díaz

La madre

Marcela se mira en el espejo de su habitación y se pone la mascarilla intentando tapar completamente su nariz y su boca. Despeja los rizos que le caen sobre la mejilla y se mira a los ojos.

Esa era la misma rutina que hace una década hacía al comenzar cada mañana a trabajar como temporera en aquel fundo, al interior de Yerbas Buenas. Tenía 14 años. Así continuó entre lechugas, acelgas y tomates, hasta que quedó embarazada, a los 17. Casi un año antes había empezado con dolores de cabeza y náuseas. “Es el sol”, decían. Por eso se sorprendió cuando le dijeron que su primer hijo venía con espina bífida. Ni siquiera sabía lo que eso significaba.

Afina su mirada frente al espejo y descubre una pequeña mancha sobre su pómulo derecho, que contrasta con la tela blanquecina que se acaba de poner. Desde el televisor oye “coronavirus” en sordina.

Se acerca a la cama de Martín y lo sienta sobre su silla de ruedas.

—Mamá, ¿qué es el coronavirus?

Marcela recuerda cuando debió explicarle sobre las fibras en torno a la espina dorsal, mientras su mirada se encuentra con el crucifijo de la pared.

—Es una corona, pero de espinas. O sea, que te la pones y te va a doler. Pero es tan chiquitita que no la ves y que, si te la llegas a tragar, te empieza a doler todo el cuerpo.

—Yo no quiero que me duela el cuerpo.

—Por eso hay que usar mascarilla —dice, mientras le pone una tela multicolor entre la nariz y la barbilla.

Empuja la silla por el corredor rodeado de fotografías, posters y calendarios, y lo baja por la rampa de madera que hizo el abuelo de Martín. Ya en el patio, lo ubica bajo la sombra del huingán. Le pone sobre sus piernas el Spider Man y las figuras de dinosaurios cuyos nombres él sabe de memoria.

Ella se acerca a las hortalizas y comienza a trabajar la tierra con un azadón. Se ha encargado de que no quede ningún espacio por plantar en todo el terreno. Se lo prometió cuando le explicaron los efectos de los pesticidas. Y aunque “esta otra amenaza invisible” también la asusta, prefiere no pensar. Por el contrario, introduce los dedos en la tierra mientras su hijo habla solo. De repente, tras un boldo se asoma una loica. El ave de pecho rojo comienza a cantar. Ella la observa en silencio, inmóvil. El pájaro mueve ligeramente su cabeza mientras canta. Pareciera que busca su mirada.

Incierta espera

Sesenta... segundos, minutos y ahora días. El teletrabajo y otras tantas cosas en casa, ocupan todos esos espacios que a veces quisiera tener vacíos, aunque pensándolo bien, eso solo me sumiría en una angustia eterna por esta incierta espera. ¿Cómo se lo explico?

Tres metros cuadrados de paredes blancas, y unas tantas camas, casilleros y un baño, albergan su humanidad. Al abrir los ojos por la mañana, ese televisor sobre la mesa (en el mismo canal todos los días) le entrega información sobre la situación actual. Matinales, comunicados de prensa, número de fallecidos y nuevos contagios pasan tan desapercibidos como el final de una teleserie o alguna nueva información sobre el “robo del siglo”. Cada día igual al otro. Es increíble cómo se llega a perder la noción de días y horas. Ahora lo entiendo.

—Don Fernando, buenos días, ¿cómo está? ¿cómo amaneció?

De pies a cabeza, registra toda la información posible. Una señorita de contextura delgada, cabello liso y recogido, rasgos faciales exóticos como polinésicos y piel canela, lo mira invitándolo a incorporarse para desayunar. En otras condiciones y circunstancias, la hubiera invitado a salir. La edad, nunca fue un impedimento.

—Mal, está todo esto mal —señala su cuerpo con las manos—. Esto, esto, chao no más.

—No se preocupe, ya se sentirá mejor —le responde siempre sonriente—. Le traje una cosita rica.

Junto con el desayuno, un potecito de acero inoxidable contiene un regimiento de medicamentos, disfrazados en una especie de mermelada de frutillas que ingiere sin problemas.

—Tá bueeeeeno —la mano como *emoji* de “me gusta”, es lo más positivo que se puede obtener de él.

Enseguida, otra señorita de traje celeste, se acerca a evaluar los signos vitales. El protocolo de la mañana termina con la visita del doctor encargado del área, quien actualiza la ficha e informa de los procedimientos para cada paciente.

—Hola buenos días, habla la hija de don Fernando, quisiera saber cómo está hoy.

Un par de minutos en la respuesta, siempre acompañada de un “estable”, es todo lo que sé de ti. Pensar en una videollamada, sería como pedirle a Dios ganar la lotería. Pero, aunque suene dramático, llevar la ropa limpia y los útiles de aseo, para entregarlos por medio de la reja sabiendo que estás a solo unos metros, me rompe el corazón. ¿Mi consuelo?, sentir tu aroma en lo que traemos a casa para el lavado. Esa esencia, es como el papel de los treinta y tres mineros, una evidencia de que sigues con vida y de que esta espera, podría valer la pena.

Las seis treinta, y el día parece llegar a su fin. Escucha las rueditas del carro que lleva las bandejas para todos. En su cara, una leve sonrisa, reflejo de que esta es, sin duda alguna, la mejor parte del día.

—Don Fernando, su cena.

Con algo de dificultad, logra sentarse para disminuir las posibilidades de trpicarse y complicar el cuadro que lo afecta. Últimamente, algo tan simple como tragar, se ha vuelto una tarea maratónica. Como de costumbre, vuelve a mirar de abajo hacia arriba, no en un gesto de menosprecio, simplemente es su cabeza la que se encuentra en constante reposo. Esta vez, los rasgos polinésicos de la señorita le recuerdan a alguien, aunque no está seguro a quién. En silencio, finaliza cada uno de los platos. Solo queda lavarse, y a dormir. En otras circunstancias, esa sería la hora en que un sábado o domingo ya debiera despedirme para regresar a casa y a mi vida diaria. Escuchar un “que estés bien”, recibir tu beso y salir lo más rápido posible como cuando dejás a tu hijo los primeros días del jardín.

Mañana es mi cumpleaños. Hace treinta y seis años atrás, estabas esperándome, y hoy me toca a mí. Y al soplar las velas, solo pediré que el tiempo pase lo más rápido posible. Estacionar el auto, usar las medidas de protección, correr por ese pasillo rodeado de áreas verdes y llegar a tu encuentro. Pero no conforme con eso, que puedas mirarme y... saber quién soy.

Noemí Elena Mayor

Los pajaritos de la vereda



Antes de la cuarentena solíamos ir con mi hermana a la escuela, los fines de semana a pasear, por la tarde a hacer las compras y los viernes a visitar a la abuela.



De tanto ir y venir, nos hicimos amigos de los pajaritos de la vereda.

Ahora que estamos adentro, porque no podemos salir, nos preguntábamos por los pajaritos. Por suerte, ellos nos visitan, picotean el vidrio de la ventana para avisarnos que nos esperan. Con mi hermana vamos a su encuentro, ellos revolotean contentos, se quedan un rato y después se vuelan.



Cuando todo esto pase, volveremos a jugar todos juntos en la vereda.



Tacones

Se le ha roto el zapato.

El tacón de aguja se ha quedado clavado entre las rendijas de los baldosines de la acera. Hace mes y medio que no se arregla y hoy ha querido hacerlo para salir a comprar.

Se pasa el día en pijama y ropa deportiva. Al principio del confinamiento se maquillaba un poco en cada videollamada. Sobre todo cuando las hacía con sus amigas. Ahora ya no, ha desistido del maquillaje, del cepillo y hasta de las videollamadas.

Pero hoy, hoy ha querido sentirse de nuevo ella. Su ropa para ir a la oficina que lejos de ser cómoda le hacía sentir bien, añora las prisas hacia el metro, casi siempre con un café rápido abrasándole la garganta. Hasta echa de menos las caras serias e incluso ese olor a humo y a humanidad en las estaciones y vagones. Sabe que en cuanto vuelva la normalidad, volverá a odiar todo esto. Hay días que incluso desearía estar con los dedos ásperos de coger expedientes húmedos del archivo del sótano.

El balcón de su despacho hace mucho que no se abre y eso no debe ser bueno para su vieja madera. Aún le asombra la polémica fachada del edificio de enfrente. Cada mañana se toma un café tranquilamente mientras la observa y siempre encuentra detalles nuevos, palabras que no había leído antes, como verdad, honradez...

Le gustaría volver cuanto antes a su rutina, a su vida anterior. Lo único que le queda es el volumen de trabajo. Quiere volver a la prisa, a la queja, al agobio. Siente que ella se está difuminando según van pasando días y más días de encierro.

Un encierro que solo rompe cuando va al súper de la esquina una o dos veces por semana. Hasta ahora lo ha hecho con zapatillas de deporte, chándal, a lo sumo un vaquero y un jersey pero hoy ha querido encontrarse con ella misma aunque sea a través de la ropa. El sonido de sus tacones sobre el suelo, le dan seguridad, siente poder. Sigue siendo la misma mujer que está en su salón con zapatillas de estar por casa pero esos tacones le dan la fuerza como a Sansón se la daba su cabellera.

Hasta que el zapato se ha quedado clavado.

Cuando ha intentado sacar el pie, el zapato se ha despegado completamente del tacón. Y se ha quedado desnivelada, con los brazos cargados de bolsas. Para colmo, el asa del paquete de papel higiénico se ha roto con el movimiento. Al menos los huevos siguen intactos y en el ticket ha conseguido que el cajero de los ojos verdes, le anote su número de teléfono.

Bajar a la compra es la excusa perfecta para volver a arreglarse.

Martín Castro

Vida

Sin previo aviso, suena la alarma de las ocho y veinte. Entreabro los ojos y la apago. Junto toda la energía que me queda después de la rutina de ayer y me repongo en el costado de mi cama. Aún en pijama, me siento en el escritorio, prendo el computador, me conecto a la plataforma para entrar a clases. Mientras tanto, miro por la ventana y pienso. “¿Cuántos días van? ¿Cuántos días quedan? ¿Cuándo podré volver a salir a caminar?”

Con los ojos a media asta, veo nuevamente al profesor luchar contra la tecnología para poder proyectar su pantalla y empezar la clase. Pasamos lista y por suerte el “presente profe” no lleva el enorme bostezo que delata mi falta de interés y sueño.

A las diez y tanto, luego de la clase, tomo desayuno con mi familia. Comentamos, otra vez, cuántos infectados, muertos y recuperados nuevos hay. Todas las cifras crecieron, luego discutimos quién irá a comprar y a arriesgarse a una infección. Misma resolución, va mi madre. Me retiro a mi pieza donde le mando un “buenos días” a mi polola. A veces duermo un rato más, a veces veo una serie, esperando la siguiente clase o el almuerzo; hoy veré una película. Aproximadamente al medio día, me llega un mensaje con un “buenos días” y un beso.

Dos de la tarde y es hora de almorzar, hablando sobre cómo van las clases en línea, las tareas, las pruebas, de noticias y otras cosas que poca importancia real tienen. Al terminar me dirijo a mi pieza, aún quedan cosas por ordenar, pero cada vez menos. Nunca se había visto todo tan limpio, y no solo refiriéndome a la casa, sino al mundo. Menos contaminación, animales que vuelven a sus hábitats naturales. ¿Qué es este virus y qué quiere?

A veces duermo una siesta, veo una serie con mis hermanas, juego pingpong con mi madre o estudio; hoy, jugaré pingpong con mi madre. Nos sumergimos en un diálogo ameno, sobre lo que podría deparar el futuro y cómo pensamos en enfrentarlo. Punto para mí. Hablamos sobre qué comeremos al día siguiente. Punto para ella. Seguimos así hasta que atardece.

Cada uno sigue su camino, voy a mi pieza a descansar un rato, y reviso el celular. Hablo un rato con mi polola y con mis amigos. Reviso las cosas de la universidad, repaso un par de ramos y luego tengo un tiempo libre. A veces veo una serie, juego en el computador o escribo; hoy escribiré este cuento. Ya es hora de comer.

A las ocho y treinta, vamos al comedor, comentamos el día, repasamos las últimas cifras y pasamos un rato en familia. A veces, vemos una película, jugamos juegos de mesa o cada uno hace lo suyo; hoy veremos una película.

Cerca de la medianoche, converso con mi polola y mis amigos, para dar fin a otro día de encierro. Un tiempo de calidad, algunas risas y compartir pesares; hoy serán risas. “Buenas noches, te quiero” es el último mensaje que recibe mi celular.

Antes de dormir reflexiono sobre lo que está pasando. Este virus es más que solo una inhabilitación del sistema respiratorio. Este es un virus que prueba tu resistencia, tu fuerza física y mental. Te dice a la cara: “No puedes derrotarme, y yo puedo eliminarte apenas des un pie en mi dominio”. Es como si tuvieras un palo, para derribar un muro de acero que, en cualquier momento, puede caerte encima. Es mejor mantener la distancia. El tener que mantenerte aislado prueba tu fortaleza mental, enfrentarte a problemas y estrés que nunca tuviste. Y pese a tener la tecnología de tu lado y poder hablar con todos, tus amigos y amigas están lejos, no tienes su calor. Tu familia está cerca, pero a la vez, lejos. Tu pareja está lejos, aunque tratan de estar cerca. Así es, este virus te prueba como ser humano, en todos los ámbitos, no solo tu sistema inmunológico. Derriba empresas, personas, incluso la sociedad. Este virus nos está mostrando lo que es realmente importante en esta vida. ¿Es simplemente azar? ¿Es producto de una conspiración? ¿Es posible que este virus sea una enseñanza?

Quizás es momento de hacer un alto y observar. Aprovechar este tiempo para reinventarse, aprender nuevas habilidades, un nuevo hobby, limar asperezas con personas que quizás ya no hablas tanto, incluso familiares. Es un momento de escuchar, no solo las noticias y al resto, sino a ti mismo. ¿Qué quieres hacer? ¿Te gusta lo que estudias? ¿Hay algo que dijiste que harías, pero nunca hiciste? ¿Qué significa para ti estar vivo? ¿Te sientes vivo en esta cuarentena?

Independiente de lo que signifique para ti, podemos estar seguros de que estás leyendo esto. Y eso es prueba suficiente de que al menos puedes ver. O si te lo están leyendo, puedes oír. Estás vivo, y eso significa que tu corazón late, late con fuerza, porque ahora tienes una nueva oportunidad. Es un hermoso regalo y la pregunta más importante es: ¿qué harás con tú vida?

Sin previo aviso, suena la alarma de las ocho y veinte. Entreabro los ojos y la apago. Junto toda la energía que me queda después de la rutina de ayer y me repongo en el costado de mi cama. Aún en pijama, me siento en el escritorio, prendo el computador, me conecto a la plataforma para entrar a clases. Mientras tanto, miro por la ventana y pienso. “¿Cuántos días van? ¿Cuántos días quedan? ¿Cuándo podré volver a salir a caminar?”



© del texto: participantes Concurso Cuentos en Cuarentena, 2020

© de las ilustraciones: Laura Borrás, 2018

© de esta edición: Editorial Amanuta Limitada, 2020

Santiago, Chile

www.amanuta.cl

Ilustraciones de Laura Borràs del libro *A flor de piel: pensando con el cuerpo* publicado por Editorial Amanuta

Edición general: Ana María Pavez y Constanza Recart

Diseño: Polinka Karzulovic

Editorial Amanuta

Todos los derechos reservados